# El Otro, los otros, lo otro

Reunión Lacanoamericana de Mar del Plata 2024

Juan Manuel Rubio – rubjuanmanuel@gmail.com

Lo que propongo para conversar se entronca con lo cotidiano de nuestra vida psicoanalítica en la extensión. Dos cuestiones se escuchan con frecuencia: una de ellas es formulada como “tengo una vida”, también dicho en forma más extrema como “tengo que ocuparme de mí mismo”, redundando a veces en “lo importante es cómo me auto percibo y eso va a permitir autorrealizarme”. Y puede agregarse: lo haré con aquellos que son como yo, que comparten conmigo un colectivo. La otra cuestión a la que me refiero aparece formulada como: “el problema que vivimos hoy es que no hay consideración del otro”, donde quedan puestas en cuestión las afirmaciones anteriores, en la búsqueda de valores más inclusivos.

Parece estar en relación con un modo de articularse a la vida institucional, donde es marginal la disponibilidad del tiempo de cada uno para dedicar a la asociación. Aparece también en la forma en que suelen pensarse las actividades que se proponen y los invitados que se eligen para las mismas, teniendo como centro no siempre a las transferencias con la institución sino a relaciones personales de quien invita.

La situación tal vez es más amplia y cotidiana. Suena el celular, es un número desconocido, ¿lo atiendo o no?, puede ser que le pasaron mi teléfono a alguien que quiere hablar conmigo, puede ser que me quieren vender algo, puede ser una estafa telefónica…, lo mismo un mensaje en el WhatsApp, o si tocan el timbre, por qué no si un desconocido me hace una pregunta en la calle, más aún si no le había visto la cara que porta. Seguro que cada uno podría multiplicar los ejemplos.

Freud en el texto *Malestar en la cultura* ubicaba a los otros como una de las fuentes de malestar, junto con lo que proviene del cuerpo y de la naturaleza. Es donde encontramos su crítica al mandamiento judío que leemos en el libro del *Levítico*, en el punto 18 del capítulo 19 y retomado en los evangelios sinópticos de donde lo cita Freud: “Amarás al prójimo como a ti mismo”. Es en el capítulo 10 del evangelio de *Lucas* donde está más desarrollado, en especial con la pregunta que el doctor de la Ley le hace a Jesús: “¿y quién es mi prójimo?” (Lc; 10, 25-37) En cuya respuesta es narrada la parábola del buen Samaritano, donde queda invertida la pregunta: “¿Cuál de los tres te parece que se comportó como prójimo del hombre asaltado por los ladrones?”. Pasaje de la consideración de prójimo como objeto a la condición de ser sujeto, a comportarse como prójimo.[[1]](#footnote-1) Por lo tanto, ¿se agota en el modo del lazo afectivo o me implica en mi responsabilidad como sujeto?

Cómo pensar la alteridad presenta muchas diferencias. Destaco dos posiciones: Una, podemos creer que al otro lo encuentro ahí, diferente a mí, cuando yo ya estoy constituido y el otro también lo está, estableciendo una relación de yo a yo en exterioridad. O, segunda posición, podemos creer que ambos nos constituimos a la vez en el encuentro, más todavía, en tanto que me constituyo desde el Otro. Aún en el planteo de la co-existencia, donde surgiría el nosotros, cabe preguntarnos: ¿somos seres de horda, nos relacionamos como masa, o hay otras posibilidades?

Utilizar el vocablo “otro” ya es de alta complejidad. Por eso, puse como título el Otro con mayúscula, los otros con minúscula y lo otro. Sin embargo, no soluciona la polisemia, porque cuando lo conversaba con una amiga teóloga, sabiendo a qué me refería en el campo psicoanalítico, me decía que podía leerse también como la triple relación, con el Otro con mayúscula como Dios, los otros como los prójimos y lo otro como el cosmos. Desde alguna lectura analógica se podría acercar a la diferenciación de los registros, correspondiendo a lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real; pero, me parece que no alcanza con eso. Comparto con ustedes algunas notas preliminares que me sirven apenas para empezar a abrirlo.

Cuando se ubica el no considerar al otro como otro, como la fuente del desentendimiento y las injusticias en el siglo, el planteo es más social, para lo que me sirvo de algunas referencias que mencionó María Lucía Puppo al plantear al otro como problema en una actividad que compartimos[[2]](#footnote-2). Comienzo por unas conferencias dadas por un periodista y antropólogo, Ryszard Kapuściński, que tituló *Encuentro con el Otro*, en tanto personas diferentes y como constitutivo de nuestra especie.

Recuerda que desde la arqueología se postula que los grupos humanos más antiguos eran pequeños, entre 30 y 50 personas, lo que permitía su supervivencia. Supone que cuando estas pequeñas familia-tribu se topaban con otra vivían el impacto del descubrimiento de que el mundo estaba habitado por otros seres parecidos a él, ¡otras personas! Lo cito: “¿Cómo comportarse ante tamaña revelación? ¿Cómo actuar? ¿Qué decisiones tomar?

¿Abalanzarse con ferocidad sobre los extraños? ¿Pasar a su lado con indiferencia y seguir el camino propio? ¿O, tal vez, intentar conocerlos y tratar de encontrar una manera de entenderse con ellos?” [[3]](#footnote-3)

Estamos ante una experiencia básica y universal de nuestra especie. En ese encuentro, puede primar el desentendimiento, instalándose el duelo, el conflicto o la guerra. Pero, también, puede ocurrir que, si no sucede el ataque o la lucha, se produzca el atrincheramiento, levantando murallas, con el fin de aislarse del otro, enfrascado en el propio grupo. La tercera opción, tan o más trabajosa que las previas, es la búsqueda de construcción de espacios de encuentro, como lo fue el intercambio de mercancías o ideas, a partir de objetivos y valores comunes, donde el otro deja de encarnar el mal, el peligro, lo desconocido y hostil.

En ese encuentro aparece que hablamos distintas lenguas, portadoras de una imagen del mundo intransferible, que marcan cosmovisiones que no son intercambiables, que no coinciden con las del otro grupo. A este problema, propio del malentendido humano, en el siglo XVII John Locke intentó darle una salida en su *Ensayo sobre la tolerancia* formulando un principio: “No hagas lo que no quieras que te hagan”. Basado en la “igualdad”, como respuesta ética y política, conlleva una igualación que encarna una violencia sobre el otro, ya que lo reduce a la condición de “lo mismo”.

Es posible observarlo cuando Todorov en el texto *La conquista de América* señala que cuando desde la lógica del conquistador piensa al nativo como humano completo, lo cito: “que tienen los mismos derechos que él; pero entonces no sólo los ve iguales sino también idénticos, y esta conducta desemboca en el asimilacionismo, en la proyección de los propios valores en los demás”.[[4]](#footnote-4) Del mismo modo que al pensar la diferencia, lo hace desde una localización de superior e inferior, como imperfección del otro según el que lo está mirando. Tal vez no tan distinto a cuando un analista dice de otro “a este le falta análisis”. Para estas figuras de la experiencia de la alteridad vuelvo a citar a Todorov: “descansan ambas en el egocentrismo, en la identificación de los propios valores con los valores en general, del propio *yo* con el universo; en la convicción de que el mundo es uno”.[[5]](#footnote-5) En esa línea se encuentran los estudios Postcoloniales, donde el texto *Orientalismo* de Edward Said es un antecedente.[[6]](#footnote-6)

Como alternativa al principio de tolerancia, propio del yoismo de la modernidad, las postguerras del siglo XX priorizar el considerar la coexistencia de los seres humano. Más aun, dados los acontecimientos de fines del siglo XX, con el fenómeno global de las migraciones, continuado en nuestro siglo, se comienza a repensar la condición de hospitalidad. Desde el estudio del vocablo en el indoeuropeo por parte de Benveniste, se destacan las formulaciones de Emmanuel Lévinas, proseguidas, entre otros, por Derrida con sus análisis del extranjero, donde sus biógrafos destacan la posible sensibilidad al tema por su condición de argelino y judío.

Comienzo por lo que ya porta la palabra misma, no la tomo del capítulo de Benveniste sino de Corominas:

“El latín HOSPES significaba etimológicamente ‘el que hospeda, anfitrión’: era compuesto de HOSTIS, nombre indoeuropeo del huésped o alojado (después ‘extranjero’ y ‘enemigo’) y, por POTIS ‘dueño’ (más tarde ‘poderoso’): ‘el dueño de un huésped, el que le recibe en su casa’ (…); ulteriormente, y a consecuencia de la costumbre antigua de la reciprocidad hospitalaria, el vocablo tomó además el sentido de ‘hospedado’”.[[7]](#footnote-7)

En un encuentro que es asimétrico, se relacionan las etimologías de *hostis*, enemigo, *hospes*, huésped y *hostire*, igualar. En el intercambio de los lugares del anfitrión y del huésped hay una cierta reciprocidad donde se reconocen, no por el intercambio de bienes.

Yendo a Derrida, cuando se refiere al pensamiento de Levinas, en una entrevista televisiva de 1997, hace una afirmación muy fuerte: “no puede haber amistad, hospitalidad o justicia sino ahí donde, aunque sea incalculable, se tiene en cuenta la alteridad del otro, como alteridad […] infinita, absoluta, irreductible”.[[8]](#footnote-8) La hospitalidad no es un conocimiento objetivo, sino una disposición de apertura hacia el extraño, hacia lo desconocido, lo inesperado. Es anterior y necesaria aún para la guerra, el rechazo o la xenofobia, anterior incluso a la ipseidad, a ser quien soy. Michel de Certeau[[9]](#footnote-9) lo muestra cuando relata la llegada de los lugareños a los cuarteles entre 1914 y 1918 y eran tratados como “bretones” por los parisinos y por los otros provincianos, tomando ahí conciencia de su condición de “bretones” al relacionarse con los que no lo eran.

Siguiendo con Derrida, el otro me precede y cuando lo acojo en mi casa soy yo el invitado del otro, llegando a ser hasta su rehén, como podemos reconocerlo con algunas visitas. Para marcar la diferencia entre esa incondicionalidad propia de la homérica o bíblica y la regulación institucional de la hospitalidad, lo cito.

“Dicho de otro modo, habría una antinomia, una antinomia insoluble , una antinomia no dialectizable entre, por una parte, *La* ley de la hospitalidad, la ley incondicional de la hospitalidad ilimitada (dar al que llega todo el propio –lugar y su sí mismo, darle su propio, nuestro propio, sin pedirle ni su nombre, ni contrapartida, ni cumplir la menor condición), y por otra parte, *las* leyes de la hospitalidad, esos derechos y esos deberes siempre condicionados y condicionales, tal como los define la tradición grecolatina, incluso judeocristiana, todo el derecho y toda la filosofía del derecho de Kant y Hegel en particular, a través de la familia, la sociedad civil y el Estado.” [[10]](#footnote-10)

Ya en este siglo, Christoph Theobald propone una *Teología de la hospitalidad*, del que voy a tomar algunas notas. En primer lugar, que Jesús no escribió nada y si bien lee las *Escrituras* de su tiempo, el *Antiguo Testamento* para el posterior cristianismo, que le trazan un itinerario, su valor está en el acontecimiento que se produce entre los interlocutores, no en un valor de autoridad previa. En segundo lugar, destaca: “La novedad de la forma en que Jesús vive en el mundo se caracteriza por un *cierto tipo de relación*, comprometida con aquellos con quienes se encuentra inesperadamente, *y* por *el efecto* que resulta de ello”*.* El espectador, el oyente o el lector tiene que estar involucrado en la obra que los ocupa y que tiene efecto en el mundo.[[11]](#footnote-11) “De episodio en episodio, los relatos evangélicos logran mostrar la asombrosa distancia del Nazareno en relación con su propia existencia”. (cf. Mc 1, 24ss, etc.)[[12]](#footnote-12)

Tomo como ejemplo cuando, apretado en medio de la multitud, al ir camino a la casa de Jairo que lo llamó por su hija agonizante, Jesús se dio vuelta y preguntó “¿Quién me tocó el manto?” (Mc. 5,30), lo que causa asombro en sus discípulos estando entre tanta gente que lo apretaba. Se produjo un encuentro totalmente inesperado para él, que sin saberlo sin embargo registró que se estableció una relación en ese momento. El relato del Evangelio nos había anticipado que “Se encontraba allí una mujer que desde hacía doce años padecía de hemorragias. [… había consultado a muchos médicos y estaba peor]. Como había oído hablar de Jesús, se le acercó por detrás, entre la multitud y tocó su manto, porque pensaba: ‘con sólo tocar su manto quedaré curada’” (Mc. 5,25-29). Cuando él se da vuelta, la mujer se encuentra frente a él, saliendo del anonimato, temblorosa y asustada porque es impura por sus pérdidas de sangre y ha tocado a un nombre, por lo tanto, ha transgredido la ley. Aún así, ante la pregunta de él, le cuenta la verdad. Entonces Jesús le dice “Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada” (Mc. 5,34) Es muy interesante, no le dice “yo te he salvado” sino “tu fe”, que sale de ella. Lo que él le dio es su presencia, hospitalaria, que hace posible que la mujer salga del anonimato y exprese su fe, que la cura a ella y a él le permite recibir su propia fe, que “le hace vivir en su misión”.[[13]](#footnote-13)

En esa misma línea otro teólogo, esta vez también psicoanalista, Maurice Bellet, afirma[[14]](#footnote-14):

Nuestra fe en lo humano es cuestión de experiencia. Se juega de manera concreta en la relación con el otro; es ocuparse del otro, y no de nuestras creencias o teorías.

La fe en lo humano se conoce y se justifica sólo por el ser humano mismo, en su presencia concretísima, cuando por él lo humano se libera de lo inhumano, de esa violencia profunda que puede corromper todo, aún las más nobles ideas y los más dignos comportamientos.

Desde nuestro discurso repetimos que estamos constituidos desde el Otro y que diferenciamos al Otro garante del otro como semejante. Nos resulta fácil ubicarlos desde los registros que diferenció Lacan, así como distinguir al yo o al sujeto de lo inconsciente en relación con uno u otro, hablando de lazo social y no de vínculo, de la propia responsabilidad y el problema del suponer una intersubjetividad.

Ya a finales del siglo XIX Freud planteó la constitución del deseo desde el prójimo, como lugar de amparo y como hostil, donde la noción de *das Ding* recortada por Lacan de tal momento resulta crucial, también para la dimensión ética.

Propongo servirnos de estos estudios sobre la hospitalidad para pensar al prójimo del infante no desde la condición de objeto, sino por el modo en que el Otro opera como tal –en lo que Freud llama acción específica cuando estudia la vivencia de satisfacción– cuando lo acoge, al hacerle un lugar en él. Extranjeros ambos, donde es fundamental el modo como este Otro se ha encontrado con la inquietante extrañeza que lo habita, con lo otro, para sí estar en condiciones de alojar a este ser en constitución y que, a su vez, le permita recibirse a sí mismo en el umbral como otro.

El analizante es traído desde esos lugares donde no fue recibido y que le dificultan reconocer el mal, el peligro, lo desconocido, lo hostil, que lo habita, esa condición de lo otro en él. Lo captamos cuando llega como un desconocido en la primera consulta. Dicho en los términos que venimos mencionando, reconocer al otro como humano y tratarlo como tal, no esperando reciprocidad, es tal vez un modo de hospitalidad del deseo de analista. Estamos ya en la pregunta por posición del analista. Solo puede hospedar quien se vacía de sí, al haber asumido su soledad, su singularidad, dispuesto a seguir constituyéndose según el modo de tratar al otro como prójimo. Sublimación, sinthoma y libertad son, tal vez, modos de decir cómo me hice cargo de lo otro que me habita. [[15]](#footnote-15) ¿También nos permitirá pensar qué ser humano se desprende de las cuestiones con que comenzamos nuestra ponencia?

1. Lo trabajé en la Jornada organizada por Trilce Buenos Aires. Institución del psicoanálisis el 6 de abril de 2024 titulada No mataras. La oscuridad y sus dioses, con la ponencia “ ¿Un más allá de la resistencia?” [↑](#footnote-ref-1)
2. Puppo, M.L. Del Otro como problema a la posibilidad del Encuentro: el diálogo en la Integración del Saber. https://wadmin.uca.edu.ar/public/ckeditor/Instituto%20para%20la%20Integracion%20del%20Saber/Consonancias/2023-IPIS-Revista-Consonancias-52.pdf [↑](#footnote-ref-2)
3. Kapuscinski, R. Encuentro con el Otro. Barcelona: Anagrama, 2007 [↑](#footnote-ref-3)
4. Todorov, T. *La Conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI. 2003. Pág. 55. [↑](#footnote-ref-4)
5. Ídem. Pág. 56 [↑](#footnote-ref-5)
6. Roudinesco. *El yo soberano. Ensayo sobre las derivas identitarias*. Buenos Aires; Debate. 2023. [↑](#footnote-ref-6)
7. Corominas – Pascual, Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico. Madrid: Gredos. Vol. III. 1981. Pág. 420 [↑](#footnote-ref-7)
8. Entrevista en *Staccato*, programa televisivo de France Culturel producido por Antoine Spire, del 19 de diciembre de 1997, traducción de Cristina de Peretti y Francisco Vidarte en Derrida, J., *¡Palabra!* Edición digital de *Derrida en castellano* [↑](#footnote-ref-8)
9. Certeau de, M. La cultura en plural. Buenos Aires: Nueva Visión. 2009. Pág. 121. [↑](#footnote-ref-9)
10. Derrida – Dufourmantelle, La hospitalidad. Buenos Aires: Ediciones de la Flor. 2000. Pág. 81. [↑](#footnote-ref-10)
11. Theobald, Ch. El cristianismo como estilo. Pensar una pluralidad de maneras de vivir, curso mayo 2019, en Buenos Aires. Pág. 16. [↑](#footnote-ref-11)
12. Ídem. 17. [↑](#footnote-ref-12)
13. Theobald, Ch. *El estilo de vida cristiana*. Salamanca: Sígueme. 2016.Pág. 82. [↑](#footnote-ref-13)
14. Bellet, M. *Nuestra fe en lo humano*. 2017. CABA: Ágape. Págs. 37 y 38. [↑](#footnote-ref-14)
15. Comencé a trabajarlo en *Psicopatología. Normalidad, sublimación, libertad.* Buenos Aires: Biblos. [↑](#footnote-ref-15)